

STANFORD UNIVERSITY HISPANIC AMERICAN STUDIES

The Anglo - Spanish Players

**PRESENT ON FRID MAY 17 AND SATURDAY, SATURDAY, MAY 18, 1957
8:30 P.M. IN CUBBERLY AUDITORIUM the one-act comedy of the Colombian
playwright Luis ENRIQUE OSORIO
Curfew - Toque de Queda 1**

**Brief report on the republic of Colombia and the situation which produced the
play, by Mariam Loehlin and Roslyn Grant.II**

**The comedy will be given first in english, and then in Spanish after a ten-
minute intermission, by the following:**

CAST

(In order of appearance)

Judge	Eduardo Maal	Spain
Custodio	Joseph C. Shirley	Colombia
Sergeant	Agustín Pérez Lizano	U.S.
Melania	Barbara Gordon.	U.S.
Ofelia.	Hilda Bacó	Puerto Rico
MAURICIO	RICARDO Flores	El Salvador
RICARDO	John Florida	U.S.
Father Marcial	Richard Handcock	U.S.
Maria Bonita	Valerie Hamilton	U.S.
Musicians	Larry L. Pippin and James Mckibben	U.S.
Directors	Jerry LeGrand and the Author	

TOQUE DE QUEDA DE LUIS ENRIQUE OSORIO

*Comedia en un acto, estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá
junto con la obra anterior, por la Compañía Bogotana de Comedias.*

*Reestrenada en inglés y español en el Cubberly Auditorium de la
Universidad de Stanford, California, por el grupo de los Anglo-Spanish
Players, el 18 de mayo de 1957.*

*Despacho judicial de media noche en Bogotá, en los días de ley marcial que
sucedieron al 9 de abril de 1948.*

En escena el Juez y él Cabo.

JUEZ. – ¿Qué horas son, mi cabo?

CABO. – La una y dos minutos, mi juez.

JUEZ. – Vamos a ver cómo se porta la madrugada, mi cabo.

CABO. – Vamos a ver, mi juez.

JUEZ. – ¿Será cierto lo que dicen, mi cabo? ¿Que van a suprimir ya el toque de queda?

CABO. – Lo dudo. Dicen que durará hasta que termine el gobierno actual; y que sería peligroso suprimirlo antes.

JUEZ. – Para mí sería más que peligroso: ¡Catastrófico! Me echarían a la calle... Pero no: esto, aunque sobre como medida de seguridad, es un gran recurso fiscal; y cuando esos recursos se crean, después es imposible suprimirlos... Fíjese, mi cabo: ayer doblaron las entradas, según estas planillas: por retrasos ocasionales, de gente que no alcanzó a llegar a su casa, ciento cincuenta pesos; por borrachos, ochocientos cuarenta; por irrespetos de los mismos borrachos a las madres de las autoridades, mil novecientos; por rateros, dos pesos con catorce centavos.

CABO. – Los rateros son los que menos dejan.

JUEZ. – Como que son los más precavidos. Aún puede observarse que, mientras aumentan las otras partidas, la de los delincuentes disminuye...

CABO. – En fin, como eso siga para arriba...

JUEZ. – Con un empujoncito más les ganamos a las multas de la inspección de tráfico.

CABO. – Ya está llegando gente.

JUEZ. – Vaya trayéndola, mi cabo.

(Sale el cabo un momento y regresa arriendo con la culata a doña MELANIA, don CUSTODIO y su hija OFELIA).

CABO. – Siga, o le vuelvo a dar con la culata.

CUSTODIO. – ¡Esto es un atropello!

JUEZ. – ¡Silencio!

MELANIA. – ¡Grosero!

OFELIA. – No te pongas brava, mamá, porque es peor.

JUEZ. – ¿Ya los requisaron?

CABO. – Sí, mi juez.

JUEZ. – ¿Tenían armas prohibidas?

CABO. – (*Leyendo un apunte*)... La señora, una novena del Divino Niño.

JUEZ. – ¿La señorita?

CABO. – Un retrato de Pedernera.

JUEZ. – ¿Y el señor?

CABO. – Un tubo de Ungüento Pazo.

JUEZ. – ¿Por qué estaban ustedes en la calle después del toque de queda?

CUSTODIO. – Quisiera saber ante todo quién ordena esta clase de atropellos inicuos.

JUEZ. – ¡Ah! ¿Viene altanero? ¡Ahora verá!

OFELIA. – Domínate papá.., Déjame explicar a mi... Salimos a cine y olvidamos la llave del portón.

MELANIA. – Fíjate en la que nos pones por olvidar la llave del portón.

OFELIA.—Que yo te la di...

MELANIA. – Que no me la diste...

OFELIA. – Que sí, señora...

JUEZ. – Bueno: sin alegatos.

CUSTODIO. – (*Tartamudea furioso*). Ha de saber usted que...

OFELIA. – Papá: déjame a mí. Tú estás muy exaltado... Empezamos a pitar.

JUEZ. – ¿Y no sabe que es prohibido pitar?

OFELIA. – En nuestra zona se puede hacer cualquier uso del pito. .. Sin embargo, me quitaron el pase de chofer y el número de atrás.

MELANIA. – Y era la una menos cinco minutos.

OFELIA. – Entonces empezamos a golpear; pero como las sirvientas tienen un sueño tan feroz, vinieron a abrir cuando estaban dando la una de la mañana.,

MELANIA. – Y de la propia puerta de la casa nos traen aquí como a tres facinerosos.

CUSTODIO. – En cambio, el otro día se entraron los ladrones, llamamos por teléfono, y nos respondieron que lo que estaba prohibido era andar por la calle.

JUEZ. – No admito críticas... Ni crean que con gritos tumban el toque de queda.

OFELIA. – Lo que queríamos tumbar era el portón; pero no nos dejaron.

MELANIA. – Hasta nos querían disparar. Fíjate: y todo por tu culpa. Fuiste tú quien perdió la llave; porque cada vez que peleas con el borrachín ese, pierdes la cabeza.

JUEZ. – ¡Ah! ¡Entonces era algo más! Había también tragos y riña de por medio.

MELANIA. – No, no...

CUSTODIO. – Que está creyendo usted que...

JUEZ. – ¡Basta!

OFELIA. – ¡Papá!

MELANIA. – Lo que pasa es que no nos gusta el novio que ella tiene. La muchacha se ha encaprichado, y eso va a ser su desgracia.

OFELIA. – ¡Ay, mamá! ¿Por qué no lo publicas también por la radio?

CUSTODIO. – ¿y qué explicaciones tienen ustedes que darles a éstos?...

JUEZ. – ¿A estos qué?

CABO. – ¿Quiere más culatazos?

JUEZ. – Para que se le quiten los nervios, es mejor que lo lleven a un calabozo.

MELANIA. – ¿Mi marido a un calabozo?... ¿Con su tortícolis?

JUEZ. – Y usted también. Arree con ambos: con él y con su tortícolis. Y si no están conformes, les dan un baño de agua fría.

OFELIA. – Papá: no digas nada. Muérdete la lengua. Acuérdate de la bronquitis crónica.

MELANIA. – Si nos echan agua fría a estas horas, nos matan.

CABO. – ¿No oyeron?

CUSTODIO. – (A **OFELIA**). Ven tú también, entonces.

JUEZ.. No. Ella se queda aquí conmigo... Ella no ha cometido ninguna irregularidad.

CUSTODIO y MELANIA. – (**Protestan atropelladamente**).

CABO. (**Los amenaza con la culata**).

OFELIA. – Vayan sin mi. .. Vayan sin mí... No compliquen más la situación.
(**Salen MELANIA y CUSTODIO a su pesar, impulsados por el cabo, que atraviesa luego la escena, sale por el lado opuesto y regresa con MAURICIO, un obrero en overol**).

JUEZ. – ¿Quién más?

MAURICIO. – Suélteme que me rasga el overol... Después usted no me va a comprar otro.

JUEZ. – Cállese! ¡Insolente!

MAURICIO. – Esto lo ventilamos mañana en el sindicato. Lo que es yo, les echo encima a la C.T.C., a la U.T.C. y a la J.H.S.

JUEZ. – ¿Conque esas tenemos?... Pues, mientras viene la reacción sindical agarre esa escoba y barra todo el edificio.

MAURICIO. – ¿Y yo por qué?... ¿Luego soy su sirvienta?

JUEZ/— ¿Oyó lo que le dijeron?... ¿O quiere otro oficio más pesado?

CABO. – (**Apuntando con una mano y ofreciendo la escoba con la otra**). ¿Qué hubo?... ¡Escoja!

MAURICIO. – Escoja... ¿Y qué va uno a hacer entonces,, si esto es pelea de tigre y burro amarrao?... Échese el rifle al hombro y eche pa'cá la escoba, pues... jY antes le enseño cómo se hace! (**Barre furiosamente**).

OFELIA. – ¡Uy!... ¡Qué horror! ¡Eche primero un poco de agua!

MAURICIO. – Trágala, si tanta falta le hace.

JUEZ --- (**Estornudando**). ¡Vaya a barrer este otro salón!

MAURICIO. – (**Observa y retrocede tapándose la nariz**). ¿Ahí?

JUEZ. – Ahí, si.

MAURICIO. – ¿Por qué no instala más bien un colector, o manda el

cuerpo de bomberos?

JUEZ. – Le doy un minuto para obedecer.

MAURICIO. – ¿Y he de ser yo sólo? Y ella, ¿por qué no barre también?
¿Porque es de la oligarquía?

OFELIA. – (*Riendo*). Lo sé hacer mejor que usted...

MAURICIO. – Por lo mismo... ¡Esas preferencias!... ¡0 todos o ninguno!

JUEZ. – ¡Quedan cuarenta segundos!!

MAURICIO. – (*Precipitándose contra el JUEZ*). ¡Máteme, pues! ¡Aistá!

JUEZ. – (*Se parapeta tras de la mesa, asustado*). Mi cabó: pida otras dos culatas.

OFELIA. – No. Más bien otra escoba, para que se acabe la discusión. Yo le ayudo con muchísimo gusto.

CABO. – ¿Se la damos?

JUEZ. – (*Calmándose*). Pues... Si ella quiere...

OFELIA. – ¡Claro que sí!

CABO. – Aquí la tiene.

OFELIA. – Ya que no hay liberté, que haya égalité y fraternité; y que viva la revolución francesa... ¡y olé! (*Toma del brazo a MAURICIO*).

MAURICIO. – ¡Eso sí! (*Le muestra el salón contiguo*): ¡Olé pa que te apestés!

JUEZ. – ¡Quedan cinco segundos!

OFELIA. – Apuremos entonces, colega.

MAURICIO. – Tomemos aire, pa contener el resuello.

OFELIA. – Una, dos y...

(*OFELIA y MAURICIO toman aire y salen de brazo, empuñando sus escobas*),

JUEZ. – ¿Hay más?

CABO. – (*Hacia el lado opuesto*). Echen otro.

(*Entra RICARDO, un joven en estado de embriaguez*).

RICARDO. – (*Yendo al JUEZ y sacándole la corbata*). ¡Hola, chinazo!
JUEZ. – Este ya estuvo aquí la última noche.

RICARDO. – (*Cantando*). "La última noche que pasé contigo... Quisiera olvidarla, pero no he podido".

JUEZ. – ¿Por qué esa reincidencia?

RICARDO. – ¿No ves que esto es chic?... En el Colón cobran cinco pesos por entrar, y aquí seis por salir. Esto es de más categoría.

JUEZ. – Ahora vamos a darle función continua. Lo vamos a dejar encerrado una semana.

RICARDO. – Lo que persigo no es que me traigan aquí. Te equivocas, chinazo. Lo que quiero es que me maten de una vez. Por eso me echo a la calle apenas dan el toque de queda. Dicen que eso es mejor que tirarse al Tequendama.... Pero soy tan de malas, que no me disparan sino por la culata.

JUEZ. – ¿Por qué quiere matarse?

RICARDO. – (*Abrazándolo*). ¿Nunca has amado un imposible?

JUEZ. – (*Rechazándolo con gran dignidad*). No, no... Guardemos distancias.

RICARDO. – Me echaron de su casa. Se la van a llevar de aquí. No la volveré a ver nunca... A otros que no tienen ningún problema amoroso les han disparado... ¿Por qué a mi no?... (*Abrazándose contra el CABO, abiertos los brazos*), ¡Fusílame...chinazo; fusílame!

(*Entran OFELIA y MAURICIO de la mano*).

OFELIA. – Venga, señor juez, a ver si aprueba.

MAURICIO. – Le quedó eso como para que vuelva a empezar.

RICARDO. – (*Refregándose los ojos*). ¿Es que estoy muy borracho... O es que es ella?

OFELIA. – ¡Ricardo!

RICARDO. – ¡Ofelia! ¿Qué significa esto?

OFELIA. – Ya lo ves. Aquí de barrendera,

JUEZ. – Déle otra escoba a éste, mi cabo. Y que barran todos hasta que revienten (*Sale*).

CABO. – (*Dándole una escoba a RICARDO*). ¡Y a darse prisa!

RICARDO. – ¿Te trajeron sola?

RICARDO. – (*Remedando el modo de hablar de MAURICIO*). No. A ambos nos trajeron, ¿no es cierto, colega?

MAURICIO. – Más que le pese.

RICARDO. – (*Levantando la escoba*). ¿Que qué?

MAURICIO. – (*Levantando la suya*). No creas que me asustas, ¡so millonario!

RICARDO. – ¡Santaferéño desgraciado!

(*Las dos escobas juegan esgrima*)

CAB (En el afán de separar a los contrincantes, le quita la escoba a MAURICIO y le da el fusil pero al notar el error, recupera el arma) ¡A sus puestos!... ¡A sus puesto!! .

(*Regresa el juez*).

JUEZ. – ¿Qué pasa?... ¿No puede uno ni tomaré un tinto con tranquilidad?... ¡Fíjese, mi cabro! ¡Y después dicen que no se necesita el toque de queda! ¡Que el país está en paz!... (A MAURICIO): Usted a barrer por allá... (A RICARDO): y usted por el otro lado.

OFELIA. – ¿Y yo?

JUEZ. – Usted... aquí.

(*Salen MAURICIO por un lado y RICARDO por el otro*).

Y al que no obedezca, mi cabro, ¡fuego!

CABO. – ¿Y sangre?..,

JUEZ. – O viceversa. ... Sigamos pues...

(*Sale el CABO y regresa impulsando con la culata a un dominico resignando, el PADRE MARCIAL*).

CABO. – Por ahí, le digo.

MARCIAL. – Buenas noches.

JUEZ. – No le pegue más.

MARCEL. – Todo sea por Dios.

JUEZ. – ¿Usted también en la calle a estas horas?

MARCEL, —No me fue posible evitarlo.

JUEZ. – ¿Su nombre?

MARCEL. – El padre Marcial Bueno.

JUEZ. – No es bueno que atropelle así la ley marcial.

MARCEL. – Usted perdón; pero a la una en punto me llamaron por teléfono a auxiliar a un moribundo.

JUEZ. – No ha debido salir sin salvoconducto.

MARCEL. – Iba precisamente a darle el salvoconducto a un alma arrepentida.

JUEZ. – En Bogotá después de la una nadie tiene derecho de nacer, ni de morir, ni de enfermarse, ni mucho menos de arrepentirse.

MARCEL. – No soy de esa opinión.

JUEZ. – ¿Qué?

MARCEL. – Pero respeto el principio de autoridad.

JUEZ. – Espere ahí, junto a la señorita, a que den las cinco.

OFELIA. – Venga Su Reverencia. ¡Encantada!

MARCEL. – ¿No incomodo?

OFELIA. – Por el contrario. Nos cae como llovido del cielo; porque tenemos la vida en un hilo.

(*Los dos se sientan en un escaño*).

MARCEL.— (*Abre su breviario*). Será esperar, pues, hasta que Dios quiera.
(El CABO, que ha salido en tanto, introduce a MARIA BONITA, muchacha despreocupada, de acento antioqueño y carriel sobre el abrigo de moda).

MARIA — ¿Dónde es eso, pues?.. ¿Aquí?

JUEZ. – ¿Su nombre?

MARÍA. – ¿Le interesa?

JUEZ. – ¡Su nombre, he dicho!

MARÍA. – (Dándole una tarjeta). De más. Aquí esta con dirección y todo.

JUEZ. – . – ¿No puede decirlo de palabra?

MARÍA. – -¿No sabe leer? ¡Con razón! ¡Eh, ave María!

JUEZ. – ¿Hay que preguntarlo por tercera vez?

MARÍA. – Me llamo María Bonita, ¿Eso basta? ¿Está contento?

JUEZ. – ¿Bonita de apellido?

MARÍA. – No, hombre. De apodo. Mi apellido es de lo más cansón, ¿sabe?... Restrepo y Restrepo y más Restrepo, y échele Restrepo hasta que se canse. Eso depende de usted.

JUEZ. – ¿Por qué contraviene usted las disposiciones de la ley marcial?

MARÍA. – ¿Yo contravenirlas? ¡No charle! Calle, vuelva y diga: ¿no ve que se me atrasó el reloj?

JUEZ. – Se le atrasó demasiado.

MARÍA. – Pero no se ponga bravo, querido, que nadie le está contradiciendo, ¿sabe?

JUEZ. – ¿Por qué no lo revisó a tiempo?

MARÍA. – -¡Ahí pues, por una razón muy sencilla: porque no soy relojera!

JUEZ. – ¿Qué es usted?

MARÍA. —¡Si supiera qué tantas cosas! Accionista de Textiles, dueña de una urbanización en Envigado, socia honoraria del Automóvil Club, secretaria auxiliar del Albergue de Niños Desamparados, candidata para reina de la simpatía en Marinilla y para reina del fríjol en el municipio de Sonsón... ¿Quiere más todavía?

JUEZ. – Suficiente.

MARÍA. – Le parece mucho? ¡Hasta razón tendrá!

JUEZ. – ¿Vive en Bogotá?

MARÍA. – ¿En Bogotá? ¡Ni riesgo! Vine apenas ayer, ¿sabe?... A ver cómo era

eso de las ruinas y la reconstrucción. ¡Eh! ¡Es más lo que exageran! ¡Todo por complicarle las cosas a mi compadre, que prefirió verse muerto antes que fugitivo!

JUEZ. – (*Sospechando algo gordo*). Mi cabo: un asiento para la señorita.

MARÍA. – ¡Señora! ¿Y entonces para qué pregunta tanto. ¿No le dije que era Restrepo y Restrepo, viuda de un Restrepo y divorciada de otro?

CABO. – Siéntese, señora... ¿Ahí quedará bien?

MARÍA. – Muy formal... Aunque no hay objeto para que me siente. Ya les expliqué todo lo que querían saber. ¿Puedo irme? ¡Si supieran que tengo un sueño!...

JUEZ. – Debe aguardar a que den las cinco.

MARÍA. – No charle.

JUEZ. – Lo lamento; pero la ley es para todos.

MARÍA. – Présteme el teléfono y verá que no; que donde manda capitán no manda marinero.

JUEZ. – Siento mucho no podérselo prestar; pero está dañado.

(*Entra RICARDO desesperado*).

RICARDO. – ¡Ofelia! ¡Aunque me maten! Si te vuelvo a ver junto a ese hombre... (*Toca la cabeza del dominicano*).

CABO. – ¡Alto! ... ¡Alto!

RICARDO. – (*Sorprendido al ver que ha tocado a un fraile, y no a MAURICIO*). ¡Perdón!... ¡Su Reverencia.

OFELIA. – (*A CABO*). No le apunte más, hombre, que se le puede salir la bala al descuido.

RICARDO. – (*Ante el cañón*). ¡Mátame! No he venido a buscar otra cosa.

MARCIAL. – ¡No hables así, hijo mío! ¿Qué razón tienes para buscar la muerte?

MARÍA. – ¿Tan jovencito y con esas ideas tan fúnebres. Vea pues...

RICARDO. – Al sospechar sus infidelidades, ansiaba morir. Ahora, que ya estoy en lo cierto, con más razón... Porque la quiero, Su Reverencia; la quiero a pesar de todo (*abraza al FRAILE*)

MARÍA. ¡Que romántico, no? Eh ave Mana, y usted desperdiando, niña!

OFELIA. – ¡Bobo! Pero, ¿qué estás pensando? ¿No te das cuenta de que me trajeron aquí con papá y mama.

RICARDO. – ¿y por qué ibas de brazo de ese hombre.

OFELIA. – ¿De brazo?... ¡No exageres.... Tuve que acompañarlo por orden del juez... ¿No es cierto, señor juez?...

JUEZ. – (*Evasivo y solemne*). Aja...

RICARDO. – Entonces, tu papá y tu mama, ¿dónde están.

OFELIA. – En el calabozo, también, por orden del juez.

RICARDO. – (*A JUEZ*). ¡Aplauso!... ¡Déjelos ahí hasta que se pudran!

OFELIA. – ¿Cómo se te ocurre? ¡En vez de interceder.

RICARDO. – No ves que si los sueltan a las cinco de la mañana, te llevaron y no te volveré a ver nunca.

MARIA. – ¿Y eso por qué? ¿Tanto les disgusta a ellos el muchacho?

OFELIA. – Nos hacen una oposición terrible.

MARÍA. – ¿Y por qué?, si es tan bien parecidito.

OFELIA. – ¡Porque es tan celoso y tan borrachín. ¡Toma de un modo atroz!

RICARDO. – Por tu culpa.

OFELIA. – Y para que no nos casemos, me quieren mandar a un convento.

MARÍA. – ¿Y usted lo quiere mijita a pesar de todo?

OFELIA. – (*Abrazándolo*). Yo sí.

MARÍA. – Eche, pues, por donde le aconseje el corazón.

RICARDO. – (*A MARCIAL*)... Ya que la suerte nos trajo aquí, padre, cásenos! ¡Antes de que den las cinco!

MARÍA. – ¡Cáselos, sí. ¿Qué pierde con eso? Mejor no venir aquí de balde. Cáselos, y así gana para pagar la multa... Y si le parece bien, sirvo de madrina.

OFELIA. – Sí, padre. ¡Nos queremos tanto!

MARCIAL. – Si me prometes dejar el traguito...

MARÍA. – ¿Y por qué se lo prohíbe, padre, si es tan bueno a veces?

MARCIAL. – En fin: puede que para esto me hiciera Dios quebrantar el toque de queda. Si se empeñan... habrá que complacerlos.

(*El CABO, que ha salido antes, entra empujando a los MUSICOS, que traen instrumentos de cuerda*).

JUEZ. – ¿Qué les sucede a ustedes?

MUSICO 1. – Estábamos dando una serenata.

CABO. – (*Golpea con la culata el tiple del MUSICO 2o*).

MUSICO 2. – -¡Ahora tírese el tiple, también!

JUEZ. – ¿No saben que hay toque?

MUSICO 1. – Sí.

JUEZ. – ¿No oyeron el toque?

MUSICO 2. – No.

JUEZ. – ¿Por qué?

MUSICO . – Porque como nosotros también teníamos un toque,

JUEZ. – ¿Por qué no tocan más temprano?

MUSICO 1. – ¿Y ustedes por qué no tocan más tarde? ¡Como las serenatas no son a la hora que uno quiera!

JUEZ. – ¡Deben ser a la hora que las quiera el gobierno!

MUSICO. – Además, ya habíamos terminado. Íbamos para la casa.

MUSICO 2. – Lo que les gusta es no dejarlo trabajar a uno.

JUEZ. – Usted se calla!

MUSICO 1. – ¿No hay derecho ni a protestar?

JUEZ. – ¡He dicho que silencio!

MUSICO 1. – Hablo todo lo que se me antoje... (*Lo amenaza con el instrumento*). Y si quiere, también le toco un bambuco.

JUEZ. – Mi cabo: ¡a la regadera con ellos!

MARÍA. – ¿Y por qué? ¡Cómo se le ocurre bañarlos ahora, con semejante frío!

JUEZ. – ¡Por irrespeto a la autoridad! ¡Yo impongo el principio de autoridad!

MARÍA. – Impóngalo. ¡Muy bueno! Pero no les apriete tanto las clavijas, porque les revienta las cuerdas.

JUEZ. – ¡Llévelos, he dicho!

CABO. – ¡Por ahí! ¿Qué hubo?

MARÍA. – Un momento. ¡Pero si en esta vida todo es commutable! ¡Aguarde, mi cabo! ¿No ve que para el matrimonio necesitamos orquesta.

CABO. – (*Medio convencido*). ¿Qué dice, mi juez?

JUEZ. – ¡No tolero irrespetos!

MARÍA. – Si todo tiene su precio... ¿Qué vale aquí un irrespeto a la autoridad?

JUEZ. – ¡Bien! ¡Diez pesos por cabeza!

MARÍA. – ¿No más? Dígale al Ministro de Hacienda que lo deje aumentar; porque así cualquiera se le insubordina.

JUEZ. – ¡Sin más comentarios! ¡A pagar, o a bañarse.

MARÍA. – Tome y cálmese y deje ese mal genio, que no le sienta bien.

RICARDO. – (*Abrazando a MARÍA*). ¡Qué madrinaza!

OFELIA. – ¡Ricardo!

RICARDO. – Fíjese: y después dicen que soy yo el de los celos... ¿Y nos va a sacar a todos de aquí también.

MARÍA. – Si alcanza la plata, de más.

RICARDO. – Porque yo al menos no tengo cómo comprar la libertad.

MARCIAL. – Ni yo.

MUSICOS. – Nosotros tampoco.

MARÍA. – ¿Ninguno, pues?... ¿Y cuánto es eso?

JUEZ. – Seis pesos por cabeza, fuera de multas.

MARÍA. – ¿y cuántas personas son?

JUEZ. – Han entrado ya diez; hay como quince en la puerta, y las patrullas recogiendo trasnochadores por todas partes.

MARÍA. – Exageradito el cuento... ¿Usted como que también es antioqueño, no?

MARCIAL. – (A MARÍA)... Y si algo le sobra, espero que nos dará una limosnita para la reconstrucción del templo.

MARÍA. – Ante todo, padrecito, tome y vaya a casarlos mientras yo cuadro aquí este trato... Muchachos: ¿qué esperan?.. Tóquense la marcha.

MUSICO. – ¿La de Wagner o la de Méndelson?

MARÍA. . – O la de Aída, o la de Cádiz, o la de Machaquito. La que más se separan.

(*Los músicos tocan un aire popular... En fila india salen OFELIA, RICARDO, MARCIAL con el libro abierto, los MUSICOS, y a la cola el CABO llevando el compás con el rifle*).

MARIA. – Dígame, querido, ahora que estamos solos: en eso, al por mayor, ¿no me puede hacer alguna rebajita?

JUEZ. – Imposible. Está de por medio no sólo la ley, sino un código... Usted bien sabe que los códigos son más rígidos que las mismas leyes.

MARÍA. – Es que me vine sin mucha plata, ¿sabe? ¡Como esto fue tan de sorpresa!

JUEZ. – Saque a los que pueda... (*Malhumorado*) o no saque a nadie.

MARÍA. – ¿Ah, ¿es con mal modo?... Entonces, ¿no sería mejor que destratáramos?

JUEZ. – Ahí lo verá.

MARÍA. – A mí me gusta hacer negocios muy por las buenas. De modo que, si no le gusta mi intervención, devuélvame la plata que le di y vaya bañe a los músicos.

JUEZ. – ¡Devolver no es posible! ¡Ya se anotó el ingreso.

MARÍA. – Si supiera usted a quién le voy a contar mañana la manera como tratan aquí a la gente, no lo pensaba tanto... ¿Qué hubo?..., ¡Desembolsique!

JUEZ. – Tome, pues...

MARÍA. – Y ahora, como en la pensión donde estoy no hay agua, quisiera que me bañara a mí también. ¡Me gusta la ducha a la madrugada! ¿Qué requisito hay que llenar para eso?... ¿Y para que el baño sea larguito.... ¿Hay que mentirle a alguien?...

JUEZ. – Sin necesidad de más insolencias. ¡Ahora verá! ¡Cabo!

MARÍA. – (**Sacando una pistola**). ¡Manos arriba, querido! ¿No sabe que soy de la secreta?... ¿Y que vengo a examinar sus cuentas, porque dicen que no andan muy bien que digamos?...

JUEZ. – Pe... Pe...

MARÍA. – Y calladito, no sea que se me salga un bombón de estos y le endulce el finiquito...

(**Regresan los de la boda**).

MARCIAL. – ¡Ya está! (**Al ver la pistola retrocede y alza los brazos**).

MARÍA. – No se asuste, Su Reverencia. ¿Ya están bien casaditos?

MARCIAL. – Ya eso sólo Dios lo desata.

MARÍA. – ¿Ya no hay remedio?

MARCIAL. – ¡Sólo la muerte de uno de los cónyuges!

MARÍA. – Muy bien... Entonces... (**Hacia fuera**)... Oiga... Usted... ¡El de la escoba!

(**Entra MAURICIO**).

MAURICIO. – Ya está listo el salón de baile...

MARÍA. – (**Sacando una enorme navaja de afeitar**). Para completar su tarea métame al juez al calabozo, y suelte las otras fieras.

MARCIAL. – (**Asustado**). ¿Cuáles fieras?

MARÍA. – ¡Las que va a domar ese señor! ¡Los suegros!

(**Sale MAURICIO corriendo al JUEZ con la amenaza de la navaja**).

RICARDO. – ¡Se las trae mi madrinita!

MARÍA. – ¿Qué estaban creyendo? ¿Que me nombraban madrina y los dejaba metidos?... Lo que es hoy, bailamos hasta las cinco, y salimos todos de aquí sin

pagar boleta. ". ¡Música, pues, muchachos!

(*Música y baile general*).

TELON